

PORFIRIO MIRANDA

FELIPE ANGEL

A mi viejo

Contenido

8:10 p.m. - 8:17 p.m. 5
8:18 p.m. – 8:34 p.m. 8
8:35 p.m. - 8:54 p.m. 13
8:55 p.m. - 9:17 p.m. 20
9:18 p.m. - 9:34 p.m. 25
9:35 p.m. – 9: 43 p.m. 36
9:44 p.m. – 9:54 p.m. 50
9:55 p.m. – 10:09 p.m. 57
10:10 p.m..... 74

!Adiós, hermanos san pedros,
heráclitos, erasmos, spinozas!
!Adiós, tristes obispos bolcheviques!
!Adiós, gobernadores en desorden!
!Adiós, vino que está en el agua como vino!
!Adiós, alcohol que está en la lluvia!

!Adiós también, me digo a mí mismo,
adiós, vuelo formal de los miligramos!
!También adiós, de modo idéntico,
frío del frío, frío del calor!

Al cabo, al fin, por último, la lógica,
los linderos del fuego,
la despedida recordando aquel adiós.

César Vallejo

8:10 p.m. - 8:17 p.m.

Ya sin ganas ni posibilidad de levantarse evitó caer tanto en la lógica como en el descaro. Ángulos opuestos del mordisco de lo inhibido, según recetó a su propia intimidad sentado en el sillón de cuero rojo donde murió dos horas después. Este caleño, semilla y raíz hasta entonces del rigor intelectual, desde ese momento supo sin desgano preferir el desprestigio íntimo de poco atenerse a los hechos. Sin moverse de su poltrona desde las ocho y diez de la noche hasta las diez y diez, que es el lapso narrado, vivió las últimas horas con las garras del instinto envueltas en el guante del pensamiento, no sueltas.

Más o menos desde siempre se trató a sí mismo con la displicencia usada por las bibliotecas cuando miran a los ignorantes y desde casi siempre se dispuso a valorar más lo que iba a aprender que lo ya sabido. Pasadas las ocho y diez de la noche olfateó su ánimo con una parálisis imperfecta. Notó una presencia.

-- Ah, Papá Quico. Rico verte.

Lenta, móvil, entre anhelo y fuerza, su lengua se inundó con deseos de un aguardiente. Sólo entonces, ya no solo, lo soltó.

-- Oí, un aguardientico.

Frotó sus párpados. Abrió los ojos. Pupilo cojo de su destino, inauguró sus desatinos cuando la pupila del izquierdo le trajo a su padre y lo plantó sentado frente a él. Observó bien. En efecto, Papá Quico, su viejo muerto hacía diez y ocho años habitaba ahora allí sobre la cama. Pronto el viejo le pasó una copa llena de Blanco del Valle. Bebió el licor natal y no pudo menos que quitarle la botella para zamparse tres, cuatro o cinco tragos, no se sabe bien cuántos; no se duda, por fortuna, de que a pico de botella fue.

Supuso que tenía los párpados abiertos. Era tan cierto que raspó sus pupilas al frotarse. Las cerró. Con un molesto ardor, es un detalle, fue libre sin poder explicarlo. Rió. Nadie. No hay nadie. Estoy solo. Hace diez y ocho años murió mi papá y soy tan pendejo que creo que me acaba de brindar unos tragos. ¿Será que estoy muerto? Dejó de reírse porque las muecas no agrietan mármoles. Claro que eso sucedió antes de que oyera su propia voz tartamudear.

-- La madre que me tomé esos güaros.

La ética solidez que redondeaba la sensación de su boca adjetivó la ética que tenía de él mismo. Me refiero, sobre todo, a la precocidad no metálica con la cual se comprendía. Notó una creciente imposibilidad para recordar cifras, exactitudes o fechas y se vio varias veces constreñido a respirar profundo para poder descifrar que continuaba en el 11 de octubre del año 1968, sentado en el cuero rojo del sillón en su casa del barrio Tequendama.

8:18 p.m. – 8:34 p.m.

Bebidos cacao y veneno quedó preocupado; preocupado con ansias benéficas; preocupado sin angustia; preocupado, según el albedrío de lo que supuso, por desconocer si Gustavo von Ascenbach alcanzó a vacunar al hondo mar contra la peste de góndolas y pesares mediante el conjuro jónico *Thalassa, viejo Thalassa* pero, en verdad y en el fondo, preocupado por ignorar si vivía o si, en fin, padecía un delirio de la infatuación ejercido del otro lado de la realidad. Son los últimos estertores de lo que me gusta. Me siento sin concesiones, al borde de la nada muda. Ahora soy yo mismo. Por fin, a mis 70 años acaricio mi propia conciencia convertida en el único juez que admito. La serenidad. Oye, Heráclito, ¿el destino es el carácter, cierto? ¿Y, tú, Papa Quico, qué opinas? Desapretó las encías. Deseché la caja de dientes. Soy libre como los que poseen la virtud de dar rienda suelta a los argumentos más disímiles para endulzar el jugo de su boca. A la larga la imaginación es parte de la verdad. De todas maneras voy a preguntarle. ¿Qué tal que sea verdad que Papa Quico está aquí conmigo? Y, ¿Heráclito?

-- !Señora María!

No escuchó su propia voz. Atravesó un páramo amarillo donde el eco cambió sus pensamientos y la ansiedad le provocó espejismos premonitorios. Y no es un plagio ni una parábola ni un retorno ya que la fina realidad del ir de Porfirio, del ir de su barba jacobina, iba así, con ruana y empeloto, en medio del amarillo truchimán de un páramo. Ah, la gran puta, ¿por qué no oigo mi propia voz? ¿Dónde está Heráclito? !Carajo! No. No se me cayó. No fue que se me soltara. Más bien empezó a tener una especie de voluntad propia; el vaso comenzó a empujar hacia abajo. Obedecía su propia voluntad; empuje y empuje. No seas bruto, Porfirio; es la Ley de la Gravedad. Bajó los ojos. Constató la repartida agua y el disperso cristal acodados sobre el piso al desgaire del azar. Otra vez estoy en mi poltrona. ¿Cuál Río Cali? ¿Cuál Charco del Burro? Es el charco que acabo de regar. ¿Cuál Heráclito? Soy sólo yo que pienso. *Cogito ergo sum*. Cojito lerdo tú. Me empendejé. Respiro luego existo. Expiro luego insisto. Eso sí. Aquí

estoy. Sentado en mi poltrona, carajo, contento con mis pensamientos.

-- !Señora María, señora María!

¿Por qué no oigo mis palabras? !Señora María! Ah, si la sed cupiera en la garganta de los caminos, si el agua no evaporara el corazón de la tierra, si emborrachara, si diera voz a los árboles antes de ser talados, imprecaciones a los matorrales, oídos y no corrales a la madera y a los mares críos. Pero no. El agua no. Tal vez el agua de lluvia. Eso, así se hace. Empezó a llover. Por fin mi voluntad regula la lluvia. Qué sabroso mojarse en la chaparrón. ¿Cómo? No son gotas de agua sino notas de Chopin. Papá Quico está tocando piano para mí, como en la finca cuando yo era joven. Ah, Chopin, Chopin. Oigo a Chopin con ironía fina desde que comprendí *The Portrait of a Lady*, de Eliot. La señora María entró. Con una seña Porfirio le indicó a Papá Quico que dejara de teclear babilonias, éticas y raíces.

-- Señora, ¿usted no se iba a dormir?

Al presenciar el manoteo con que el viejo dirigía la sinfonía de sus sueños vivos, congeló los días, entretuvo calendarios y recogió profecías en el cesto de su simpleza.

-- Se regó.

-- Ave María, qué catástrofe. Ya regreso para limpiar este mugrero.

Apenas salió la señora, le señaló a Papá Quico que cerrara la puerta.

-- Para que no me interrumpa. No demora con el trapeador. Ella es así. Es capaz de llegar a la mitad de mi charla con Heráclito. El desorden le parece pecado. Ahora sí: que entre Heráclito.

-- A Heráclito no lo dejan hablar. El que está aquí es Platón.

-- ¿Desde hace cuánto?

-- Desde Pablo de Tarso.

-- Pues informo una cosa: pobre o rico todo humano es un primo hermano del mico. El mundo no está en mi cabeza. Con Platón nada tengo que hablar. Así que gracias pero no, gracias.

Ataviada con el trapeador la señora abrió la puerta.

-- De nada.

8:35 p.m. - 8:54 p.m.

Miró la hora en el reloj de la pared. Van a ser la ocho y treinta y cinco minutos. Serias hipótesis plantean que ante una súbita crisis de hipo recuperó en una frase la vigencia de quienes todavía están vivos.

-- Señora María, otro vaso con agua, por favor.

Jamás pidió cosa alguna, la que fuera, sin agregar Por favor. No por costumbre, pues la costumbre más bien le parecía una manera de banalizar la intención del gesto, sino por la intensidad que llevarlo a cabo le confiere a la ceremonia de solicitar a otro lo que él mismo se podía procurar. Sobre lo que ocurrió durante los más o menos cuatro minutos y medio transcurridos hasta la llegada de la señora, cantidad de la cual dudan incluso los más eruditos, no especulo. Sobre lo que sucedió a partir del momento en

que ella le entregó el vaso se pudo establecer más allá de cualquier escepticismo que el ciudadano Miranda bebió el agua. Incluso queda la prueba del testimonio de sus palabras.

-- !Qué delicia!

Divertido porque ni el agua ni la fluidez de sus ideas lograban detener su hipo alzó la voz, cosa que distinguía muy bien de elevar la estatura de los argumentos, y repitió.

-- !Qué delicia!

-- Tómesela al revés, don Porfi, a ver si se le quita el hipo.

Un brío tibio lo inundó de contento. Esas palabras le aseguraron lo que todavía experimentaba: estar vivo.

-- Ah, no sabe usted con qué ganas se aferra uno a la pasión de estar en esta Tierra.

Ella templó la cobija de la ya bien tendida cama. Poco entró a la pieza sin tratar de arreglar lo perfecto, sin mover un tantillo la lamparita o el pocillo, despercudir el aire o reacomodar la almohada al darle un par de palmadas, según suponía, llenas de algún esplendor moral.

-- No haga tanto ruido, señora María. No me deja oír el Río Cali.

-- El río está al otro lado de la ciudad.

-- Entonces, menos puedo oírlo.

-- Bueno, don Porfi, como diga. Nunca le he ganado una. Esta como que no va a ser la primera. Ya me voy a dormir. Hasta mañana.

Respondió y salió de la habitación. Después de más de 28 años de convivencia en la casa Miranda, se conocían como el agua se acomoda a la forma mutua del recipiente. Ambos sabían que ella no se iría a dormir. Rememoró el ritual noctámbulo de la señora. Dentro de ese ritual de décadas nocturnas con el cual la señora se despedía de él hasta el otro día ambos cultivaban la sensación de que ella mentía con tacto piadoso. En vez de irse a dormir se dirigiría a su pieza para acostarse con la cobija hasta las rodillas, para meter la mano debajo de la cama y sacar al azar una de las novelitas de la docena de Corín Tellado que allí guardaba, a colocarse las gafas en la orilla entre la nariz y el abismo de la Ley de la Gravedad, a ejecutar el dechado de baba solar que le bajaba por las comisuras de la boca cuando empezaba a buscar el número exacto de la página en la cual la noche anterior finalizara su acostumbrada lectura en una novela distinta. Sépase de

una vez que ningún otro autor leyó, excepto cuando don Jenofonte la hipnotizó y leyó a Mommsen en inglés. El sistema de sacar un libro de Corín Tellado de debajo de la cama, de permitir que el azar escogiera la novela que leería esa noche, de ir hasta la misma página donde la noche anterior terminara de leer en otra obra distinta le permitió fermentar sus propias tramas y nunca repetirlas. Leía muchas horas. Esa es la verdad. Durante 25 años, desde que Porfirio le enseñó a leer, no necesitó más que doce libros infinitos, todos de Corín Tellado, debido a su técnica de escoger el libro al azar, buscando debajo de su cama.

Brevísima y domesticada por la rutina, esa sensación de que mentía porque no se iría a dormir sino a leer con el método descrito, se pretendía prólogo siendo epílogo de pedigrí. El ciudadano Miranda una vez se contempló solo usó su derecho a alzar el vaso. Después de beber otro sorbo se le quedó pegada en la garganta la esencia de la inocencia, que se encuentra en el neutro sabor del agua. Es la primera vez en mi vida que el agua me sabe. Este sorbo posee un arquitecto distinto para la plenitud.

Claro, la ternura es la paciencia para observar lo diverso. Eso es la ternura. Este trago de agua es distinto a los demás que he bebido y sólo hasta ahora me doy cuenta a qué sabe el agua. Bebió otra porción tal como lo haría alguien dispuesto a vivir, sediento y reflexivo.

Sintió que sus pensamientos ya no habitaban dentro de su cabeza. Hombre, ¿cómo es esta carajada de estar pensando desde el hígado? Bueno, ya. Dejo la pendejada y....ya, ya no más. A pesar de su esfuerzo fracasó en el intento de devolver la entereza de su conciencia a la cabeza. Pero como algunos fracasos visten sus vergüenzas con argumentos se contentó al compararse con un yoga. Situado en el hígado volvió a pasear su pensamiento sobre la ternura nacida de la paciencia para observar lo diverso y después fue amable con su cuerpo: bajó hasta el intestino grueso. Un poderoso caudal de jugos gástricos le bamboleó el ánimo y tal, igual a una chalupa arrasada por inquisiciones, onomásticos y tormentas. No seas bobo, hombre. No seas bobo. Así no es. Este no es el torrente del Río Cali y estos no son los sonidos de la voz de Heráclito.

Estos ruidos son mis jugos gástricos y no el choque del río con las piedras. ¿Será que este tampoco soy yo? Y, ¿uno cómo sabe que uno es uno? Valiente pendejada. Yo soy yo y punto. Pero si yo soy yo entonces este es Heráclito y estas son las aguas del Río Cali. Oí, ve, sí, sí, te estoy hablando. ¿Heráclito? ¿Sí? Eso me temía. No joda. Entonces, ¿dónde estoy? ¿En el Río Cali? ¿Será que ya me morí y que hay vida después de la muerte? No creo. Nunca lo he creído. Ni siquiera ahora que me pasa.

8:55 p.m. - 9:17 p.m.

-- Mijo, no sea bobo. Comience por el principio.

Que comience por el principio. Bonita recomendación. Como si se pudiera comenzar en otro sitio. Pero tiene razón. ¿Cuál será el principio, el principio de todo? Debido a que el útero del pensar es el estado de ánimo y dado que reconocía sentirse tan íntimo y tan leal con su perspicaz epistemología intuitiva, se inauguró él mismo donde antes él no existía. Sin perder de vista que era el hombre allí sentado en la poltrona, sin desestimar que su padre llevaba muerto dieciocho años, tuvo por natural continuar minutos y días en una charla con su verdadero amigo.

-- Te lo conté en esa época. Bueno, de pronto no te acuerdas. Yo tenía doce o trece años. Doce o trece, no

importa porque desde los once soy el mismo. ¿Sí o no? Me alejo de la casa y bordeo el parque del Peñón. Bajo hasta el Río Cali. Voy pensando que lo que ande para adelante me toca después de vuelta. En el Charco del Burro bebo con la palma de la mano. Repito uno de los gestos primitivos de la condición humana. Entonces me acogió tal tranquilidad, tal calma interior, Papá Quico, que me permití escoger una hormiguita, una sola, entre la fila de esas grandes, de las arrieras esas. Sentí piedad por la hormiguita, por su cansancio; piedad por los peces que otros se comen; piedad por la inmovilidad de las palmeras y arbustos, que nacen, crecen y mueren en un mismo lugar; piedad por mí mismo, por Porfirio Miranda, por tu hijo. Al acercarme a la fila de arrieras noté que cargaban entre sus tenazas fragmentos de los libros de tu biblioteca. Allí va la *Filosofía del Derecho* de Hegel. Allá Balzac, *Las Ilusiones Perdidas*. No, no, esta hormiguita lleva pedacitos del *Averroes* de Renán. Se acercaban al río y lanzaban al agua pedazos de tu biblioteca. Convertí otra vez la palma de la mano en recipiente y saqué un agua de letras. La bebí. Oí, ve, Río Cali, ¿cuál es el principio de todas las cosas? Ah, no sabes hablar. Me lancé al remolino del Charco del Burro y, en esa

tarde sin nubes ni remordimientos de 1910, nadé con desenfado y vigor, virtudes de la adolescencia. Cada ratito me paraba encima de una piedra y repetía Oí, ve, Río Cali, ¿cuál es el principio de todas las cosas? Ah, no sabes hablar. Después me zambullía. Tomé de nuevo agua de letras y le dije al río.

-- Gracias.

He ahí una de las pocas palabras que considero sagradas, pensé y seguí mi errancia río arriba, de brinco en brinco entre las piedras. Oí, ve, Río Cali, ¿cuál es el principio de todas las cosas? Ah, no sabes hablar. En la desembocadura del Río Aguacatal me zambullí por enésima ocasión. Nadé debajo del agua y, allá metido, una voz tan enérgica como ronca empezó a hablar. Casi no tenía aire, por lo que salí a respirar. La voz cesó. Me sumergí otra vez y debajo del agua la reconocí. La misma voz. Carajo, Heráclito. ¿Bien o qué, mijo? El principio de todas las cosas. ¿Qué dijiste? ¿Que el carácter es el único dios? No oí bien.

No importa. Estoy en el principio de todas las cosas. Heráclito, eres la primera huella del principio. Saqué la cabeza de las aguas letradas y busqué oxígeno como un animal vicioso. En pocas bocanadas llené los pulmones tras subirme a una piedra grande y sin pronunciar mi pregunta, clavé de nuevo en el cauce. Esta vez no encontré la voz de Heráclito. La corriente del río vociferaba una multitud de silencios. Cuando casi se me reventaban los pulmones, salí y supe que la voz del pilar inicial del pensamiento solamente aparecía si, antes de zambullirme, ejercía el ritual de pararme en una piedra y reclamar de buena gana Oí, ve, Río Cali, ¿cuál es el principio de todas las cosas? Ah, no sabes hablar. Preparé con cuidado mi oxigenación igual a cualquier otro mamífero que se peina, además de mi garganta, incluso alisté mis cuerdas vocales, dije lo dicho y, Papá Quico, me lancé al agua, como reza el refrán. Más humana, más coloquial, la voz de Heráclito me dio una cátedra líquida sobre lo fundamental que comenzó y terminó así.

-- Natura se basta en todo y para todo.

Al oír que la frase anterior era pronunciada por su propia voz, no por la de Heráclito sino por la suya, no pudo evitar reconocer que se encontraba sentado en su poltrona irredimible. Agarró resuello como si estuviera al borde de ahogarse y, ya sin Río Cali, ya en su pieza, escuchó al fondo del cosmos una risotada que desde un milenario Éfeso venía o que salía del armario.

9:18 p.m. - 9:34 p.m.

El poco manso minuterero de su multiplicidad, la rapidez con que avanzaba de un pensamiento a otro y el flujo de su carácter conspiraron para que empezara a palpar su piel por el lado de adentro. Es decir, a encariñarse con la rótula de la rodilla, a regodearse sin receso ni dilación con las colmenas carnales de su muslo derecho, mientras tocaba su piel desde el interior del cuerpo. Abierta tal puerta sobre la idoneidad de su énfasis y sobre los ríos navegables de su personalidad, abierta, cierta y sin sal, alcanzó la victoria miope de recordar aquella noche cuarteada cuando se enchufó por primera vez. Eso sucedió el día en que cumplió cincuenta años. Preparado de antemano con el tomacorriente en un lado y un cable pelado en el otro acudió hasta el enchufe con la vigorosa melodía de creer que la energía era suya. Obtuvo su felicidad al conectarlo, al agarrar las puntas peladas y recibir descarga tras descarga en una pataleta eléctrica. Para ser más yo mismo, para ser más yo mismo, pensó

aquella noche del siete de agosto de 1948 antes de insertar el cable en el tomacorriente.

Desde entonces guardaba el cable ya enchufado debajo del cojín de la poltrona. Lo ideó de esa manera para no interrumpir sus lecturas cuando deseaba recibir un *corrientazo*. Con los años el término *corrientazo* logró corroer su vigencia debido a que aprendió a recibir las descargas de energía. Cada vez pudo sostener durante un lapso mayor los cables pelados y estar tranquilo. O sea, completamente tranquilo. Antes de conectarse permanecía un rato en una especie de meditación yoga. Esperaba hasta sentirse apto, agarraba los cables pelados y ya no era un *corrientazo* lo que recibía. Más bien un impulso. Incluso cuando sufría algún golpe o tenía dolor de cabeza se enchufaba y santo remedio.

En el instante de su vida que narro, el 11 de octubre de 1968 algo menos de una hora antes de morir, al recordar su primera enchufada bajó la mano derecha, recorrió el

cable hasta que encontró las puntas peladas, intentó no sacudir el fino himen de sus elucubraciones y, con la expectativa de recibir un chorro de vida, las agarró. Pegó un alarido.

-- Señora María, venga para acá. Le he dicho mil veces que me vuelva a conectar el cable después de trapear.

El reino de sí mismo empezó a inflarse de ecuanimidad en medio de una alergia a los suspiros y soltó el cable. Ya. Ya. Tranquilo. La naturaleza nos salvará de Platón. Atado, dotado, alado en su poltrona definitiva, exhausto y quieto recorrió sus manos apoyadas sobre las ingles. Primero las muñecas, luego las palmas y después los dedos. Los dedos esparcidos, no apretados. Cuando llegó a sus ambos efebos pulgares, refranes de huracanes varios y centenarios sismos, entre otros inventarios, sacudieron lo que le quedaba de vigor.

Rió. Él, carajo, él se rió. El mismo que desarrolló la hoy ecuménica teoría según la cual las personas se conocen por la falsedad o por la integridad de su risa. Él, sí señor, él se rió. ¿Cómo? Mi dedo pulgar se mueve. No, no. Qué se va a mover. ¡Qué chiste el de Darwin! Escribió todo un libro dizque para probar que el dedo pulgar convirtió al mico en humano. La Transformación del Mono al Hombre. ¡Qué bruto! ¡El pulgar! La civilización se basa en el pulgar. Continuó recorriendo sus pulgares, que presumía como los de toda la especie humana. Ya que la intensidad de una persona está en su deseo de comprender, al proseguir su risa se regañó.

-- Debo dejar de burlarme de las cosas serias. Papá Quico tiene razón. La risa no es un argumento.

Sin embargo careció de calor, de bufanda y de fines, salvo divertirse. A pesar de su no tan lego apego a la ciencia, por encima de su fe opima en el Método Galileano descrito por Husserl, se saltó a sí mismo por no poder

contener sus carcajadas. !El pulgar! Qué bruto ese Darwin. Hombre, tal vez no fue Darwin sino Engels. La Transformación del Mono al Hombre, así se llama el libro y es de Engels. Y yo riéndome de Darwin. Me voy a dormir. No es por pereza. Ni más faltaba. Yo trabajo dormido. Es cierto y me siento contento así. Yo trabajo dormido. Para mí dormir es tan productivo como trabajar. Ah, menos mal estoy pensando esta idea y no contándosela a alguien. ¿Qué podrá entender alguien de otro? Muy poco, al fin y al cabo. Si digo Yo trabajo dormido, la gente piensa que soy un mamagallista consumado. Y tal vez sea cierto. Las costumbres nuevas es mejor que sean risueñas. Pero no es un chiste. Es algo muy profundo. Me pasa sobre todo con lo que no entiendo cuando estudio las ciencias exactas. Me empeñé a fondo muchas veces en entender la circulación de los vientos alrededor del planeta. Durante meses estudié distintos textos y también distintas veces el mismo texto. Sólo lograba captar que la baja presión se da cuando el viento frío desciende. Una noche mientras dormía comprendí lo que hay sobre la circulación de los vientos alrededor del planeta. Dormía pero lo recuerdo tal cual como si me hubiera sucedido en la vida real. Fue sabroso.

Más que sabroso, impresionante. Fue una especie de mezcla entre recordar los párrafos que antes había leído al respecto de los vientos pero sobre todo su localización dentro de la página. Una mezcla entre eso y un viaje geográfico con cada corriente de vientos marinos. Iba del Este al Oeste con los Alisios y así. Yo trabajo dormido. Eso quiere decir la frase Yo trabajo dormido. Pero, ¿qué va a entender alguien de otro? Nada nadita nada. Al menos, Porfirio, tienes que admitir ante ti mismo que es precario el conocimiento que alguien logra tener de otro. Así que me voy a dormir. Qué cansancio. La vida es larga día a día pero corta cuando la recordamos. Me voy a dormir.

-- A dormir tranquilo.

Recitó en voz alta y recalcó en la alegría que le produjo mover la lengua, abrir la boca y dejar que los sonidos de las sílabas entrecruzaran el himen complaciente de los labios. Otra vez la vida. No joda. Ya cuando estaba tranquilo conmigo mismo. Otra vez la alegría. Otra vez la

esperanza. Qué jartera. Vete, felicidad. No quiero que me perturbes. Sólo deseo la tranquilidad. En el fondo es por ti, Papá Quico, es por ti que toda la vida he acudido feliz al espectáculo de mi conciencia, esa glotona. Es por ti, porque me hiciste querer las ideas, mis imprescindibles amigas del sudor. En el fondo por ti observo con avidez el espectáculo de la vida. No pudo encontrar sus suspiros y, bueno, hay que narrarlo porque es verídico; narrar que acomodó su intimidad como quien se apoltrona en un sofá psíquico para ver lo que acudía a su conciencia. Así, de nuevo, se dispuso a vivir pero dormido. Escudriñó mejillas, quijada y garguero. Qué delicia. Me estoy quedando dormido. Ah, veo llegar el sueño como una nube que pronto me va a cubrir.

-- Y, ¿esto qué es?

Sintió una mano ajena caminar de una de sus orejas a la perpleja otra. Al terminar de tomarle la temperatura en el cuello, pronunció.

-- ¿Será que la levantadora le cae bien para el frío?
Hace tanto frío que no provoca ni morirse.

-- No hace nada a medias. Y casi todo el mundo vive a medias.

-- Gracias.

-- No me agradezca. No hay nada más desafortunado que un tonto activo. El camino al infierno está empedrado de buena voluntad, grita una dama desde Ávila. Teresa, Teresa de Ávila.

-- ¿Ávila?

-- Un pueblo de España.

-- No será ninguna santa si se pone a decir esas cosas.

-- Bueno, sobre eso hay varias teorías.

Estaba acostumbrada a tales respuestas, que a otros caerían como latigazos pero que a ella le parecían teogonías sobre los trabajos y los días. Llevaba ocho años escuchándolas, desde el tres de febrero de 1961, cuando el viejo vendió la finca en Pácora, que heredó a la muerte de Papá Quico en 1950. Desde ese día de 1961 se encerró cada vez más en su casa. Es, para quienes conocen bien la idiosincrasia caleña, una costumbre muy difundida. Líquida, certera y transparente caminó por la pieza del agonizante. Eficaz y diligente reacomodó algunas camisas en el armario y sacó un atuendo.

-- No. La levantadora de Balzac, no.

-- Está haciendo frío, don Porfi.

-- No. La levantadora de Balzac, no.

Ya sea debido a que pronunció esta frase entre múltiples vocales de tierra ajada, en medio de parrafadas de azucenas genitales, o ya sea a causa de que los oídos de la señora eran mudos por la costumbre y sordos por la virtud, o ya sea a raíz de que le dio la gana, no sólo sacó del armario la temida prenda, no sólo la exhibió, no sólo la planchó con la mano sobre la cama sino que, cirujana de una estética hostil, logró ponérsela al viejo. Estética hostil debido a que agarró al moribundo por los sobacos y medio parado por un viento rudo, medio sostenido por la fuerza centrífuga de la rotación de la Tierra, le metió el brazo derecho en la manga de la levantadora.

Cuando lo soltó un instante para colocarle la izquierda, él rodó por el piso. Cuánto trabajo le costó

subirlo de nuevo a la estatura de su parquedad, cuánto le costó ponerlo de pie y arrastrarlo hasta el sillón, es cosa que me niego a adjetivar puesto que ya se lo imaginarán los lectores. Después de eso, exhaustos ambos, ella lo dejó otra vez apoltronado en su sillón, vestido con la levantadora de Balzac.

9:35 p.m. – 9: 43 p.m.

Profunda en interpretar las posibilidades de la rutina diaria, seria catedrática en resplandecer los vidrios hasta devolverles una especie de aurora primitiva teñida con una nitidez inútil, sabia en reblandecer las mazorcas del sancocho de torcaza hasta que se desgranaban con la saliva de la vista, profunda, sabia, seria y catedrática supo qué hacer: se reclinó de espaldas sobre la cama, con los pies aún en el suelo. Sobra agregar que salió pitada a calentar un té negro, que desechó ese té negro y que puso a hervir un caldito Maggi con fresas, el cual enfrió con hielos de toronja ahumada y lo volvió a hervir, todo en medio de los griticos y las risas producto de la lectura de la lista de cincuenta palabras agradables que redactó para pronunciarlas una a una mientras preparaba esta receta en especial.

Cuando estuvo solo buscó sus manos. Permanecían sobre las ingles. Se tocó, se esculcó el pulgar. Una ligera energía nacida de la risa le restituyó su lugar dentro de la

seriedad. ¿Tendré puesta la levantadora de Balzac? Papá Quico, ¿dónde estás? Dime si tengo puesta la levantadora de Balzac. Tal vez no ha pasado nada. Tal vez ella ni siquiera vino a mi pieza. Ah, tengo puesta la levantadora de Balzac: no hay duda de que estoy vivo. Todavía no he muerto. Pero me siento tan lejos de todo. Tengo tantas ganas de dormir. ¡Papá Quico, Papá Quico!

-- Ve, ¿quiubo? Mirá la levantadora de Balzac.

-- ¿Cuál?

-- Balzac, el de Angulema.

-- ¿Cuál levantadora, mijo mío, cuál levantadora?

-- Pues esta, Papá Quico. La que tengo puesta.

Olió los temblores del caldo Maggi. En la cocina la señora pronunciaba palabras y soltaba risitas.

-- !Ay, mijo! Nunca ha tenido más ropa que su mirada ni más zapatos que sus pensamientos.

-- Otro trago a ver si se me quita este frío en los huesos.

Debido a que dejar de refutar una alabanza sólo es dado a los muy sabios o a los muy tontos y como no padecía ni de lo uno ni de lo otro cabalgó las planicies y las cordilleras de cuanto continente encontró suspendido entre su cumbamba y su ombligo. Después calló. Así, según, no le fue difícil desamarrar el cinturón de la levantadora de Balzac. Y con la boca llena de idílico jarabe de aguardiente recitó el abecedario al revés, en una especie de árabe cirílico. Después celebró, en medio de los vapores del perfume del caldo Maggi que provenían de la cocina.

-- Otro.

-- Bebe, Omar Kayam.

Papá Quico le pasó un almizcle de chicha, posteridad, caña de azúcar y cemento. Él lo supuso aguardiente, chicle y viento.

-- Ni el dulce vino de Quíos se compara con el Blanco del Valle.

Tras la gesta compuesta de la anterior profecía, reamarró el cinturón de la levantadora de Balzac. Papá Quico le insinuó.

-- Porfirio, mijo, deje de tocarse el ombligo.

Carajo, voy a mirarme en un espejo. Si llevo puesta la levantadora de Balzac, todavía vivo. Sé que los espejos son cojos; no reflejan más que el cuerpo, sin mostrar las intenciones, pero no me importa.

-- Papá Quico, tráeme un espejo.

-- Enrique tiene uno; ya lo traigo.

Respondió Papa Quico y salió. Sin embargo, el perfume del caldo Maggi que hervía en la cocina convirtió el aire de la pieza en un multiplicado espejo antes de que Papá Quico regresara. Un multiplicado espejo en donde se reflejaban la cama, la chapa de la puerta, la mesita de noche, la lámpara e inclusive la luz, puesto que no menos sucedía con el techo, el suelo y las paredes. Qué vaina tan rara. El aire es un espejo. ¿Qué me importa lo que importa si sigo vivo? Ah, no, eso no, eso jamás. !Ah, la vida es hermosa!

Esta cena del ánimo personal le otorgó poder pensar una teoría matemática para rehacer la numeración y saltar del cero al dos, ya que lo uno le pareció irreal al verse todo duplicado en el reflejo del vapor del caldo Maggi. Todo, hasta el huérfano alfiler perdido debajo de la cama y de los años. Con fino cuidado en las ondas atávicas de sus sueños y de sus esperanzas, usó su hacía 68 años extraviado cordón umbilical como corneta invertida, imitando a un amigo sordo del tío Enrique. El mundo no existe porque es doble. Claro, ya entendí. Es lo mismo que pasa con Platón, el mundo no existe porque hay dos mundos, uno aquí y otro en las ideas. Bobadas. El mundo es uno solo y está hecho de una sola cosa, en eso le creo a Spinoza. A mí no me vengan con bobadas del más allá, con pendejadas de almas, de infiernos o de cielos. Si hay más allá, hay menos acá. Nada existe en el universo fuera de esta materia finita, una de cuyas partes, la humana, sabe hablar, sabe pensar y sabe hacer máquinas. No oigo latir mi corazón. Voy a colocar la corneta hacia adentro de mi cuerpo. Tal vez por eso el aire es un espejo. Porque estoy muerto. Sin embargo, al poner más atención, oyó circular su sangre y, después, más lejos escuchó la voz de su padre.

-- Mire, Enrique. Se la pasa enredando nudos en el ombligo.

-- A ver; este espejo se lo quita.

Alcanzó a ver las cosas perder los atributos nacidos del hervor del caldo Maggi cuando el tío Enrique le colocó el verdadero espejo frente a su sensatez. De nuevo la soledad de lo uno lo atormentó. Al mirarse notó que no reflejaba la parte de adelante de su figura. Por el contrario, vio su propia espalda, su nuca y la parte de atrás de su cuerpo. Gadejo elegante de su onírica fluidez, no. Eso no. Le sucedió así no más. Incluso le importó más constatar que llevaba puesta la levantadora de Balzac que ver que el espejo le reflejaba la espalda.

-- Estoy vivo, no joda.

Antonio Enrique Miranda soltó el espejo. Todavía debe de estar cayendo, según se infiere de su no oída quebrazón y de la perpetuidad con que aguzaron los tres el universo de las orejas. Los tres, Porfirio, Papá Quico y el tío Enrique. En ese monosilábico instante, jeroglífica y aromática, mitad magnífica, mitad natal, entró la señora María con una bandeja que los contertulios creyeron sazonada con varias minas de sal, dentro de las cuales unos indios al detal cargaban en hombros una catedral, una espada ajena y un bulevar.

-- Ahí va la historia nacional.

-- Déjese de bobadas, don Porfi. Más bien, tómese el caldito Maggi.

-- Shhito. Cállese, señora María. ¿No ve que estamos esperando oír la quebrazón del espejo? ¿No ve que todavía no ha caído al piso?

-- ¿Cuál espejo?

-- Pues el que me trajo mi tío Enrique.

-- ¿Cuál tío Enrique?

-- ¿Cómo? Qué pena. Venga le presento. Mi papá, Federico Miranda, y mi tío, Antonio Enrique Miranda.

Tras los saludos panzudos como sombras de eclipses, después de aquel cada quien decir su nombre y agregar Mucho gusto, pasadas ya las presentaciones la señora María ofreció traerles cuanto menjurje la fealdad olvidó deparar al agrado de los paladares. El viejo los alentó.

-- Pidan un plato para levantar muertos. Tiene la sazón de aquello que le pone dulce a las piñas maduras.

La señora parpadeó un par de modestias y determinó la realidad, tras una pausa con suspiros de tardes y ventarrones.

-- Bueno, pues. Pidan.

Porfirio habló primero, por ser el más íntimo de la señora.

-- Una ternera virgen con el sabor de mis pensamientos. Usted sabe, señora María. Usted sabe.

Papá Quico pidió enseguida.

-- Una sopa de enojo, ajo y alabastros silvestres habitados por astros, llena de ojos aptos sólo para observar cómo el hilo de la intuición y la aguja que teje la lógica convierten la esperanza en un abismo.

Antonio Enrique expresó después su deseo.

-- Un jugo hecho de las aguas que flotan hacia arriba por un río nacido en el mar, hasta llegar al páramo de donde el cóndor con una madurez natal saca los días nuevos y los lanza al destino del universo.

La señora María repitió.

-- Una ternera, un jugo y una sopa. Bueno. Listo. Don Porfi, por el momento váyase tomando el caldito Maggi.

Una vez se cerró la puerta, bebió el caldito Maggi, sin pensar en su padre ni en su tío. Por despistado, por nido y por ínclito hincha del Deportivo Cali tuvo la certeza plena de que la señora no lograría cocinar los platos que le habían

pedido. Temeroso de que los otros tuvieran la misma duda, trató de disiparla.

-- Esperemos. Bien vale la pena.

Antonio Enrique alabó su propia predisposición para engullir en los platos de la señora María los restos de la lógica. Mucho más tarde entrecruzaron algunas frases sobre el clima, la momificación de los paradigmas o algo parecido. La condición humana está sujeta a una amplia proporción de animalidad debido a que tanto la verdad como el enigma necesitan vestirse de entusiasmo, pensó Porfirio. Los tres se extraviaron entre los museos y los descubrimientos que, como es de público conocimiento, caracterizaron los mundos recorridos durante esos pocos y profundos instantes que demandó la terrenidad de la señora María para preparar las viandas, para adobar el destino de la imaginación, para regresar hasta la pieza, para entrar, parar y cerrar la puerta de una patada. Cerrarla con un taquito, explicarían los estudiosos del

fútbol. En sus manos sostenía una bandeja llena, no manchada, no definible, ni siquiera plena. Sólo llena. Con una pizca de resignación, insuficiente para opacar su entusiasmo, y con otro poco de tierna seriedad, anunció.

-- Aquí les traje unos bocadillos.

Sacó de la bandeja una lengua asada de vaca hindú capaz de filosofar los himnos de lo distinto, escrita en la clave morse con que cabalgan las terneras sin domar sobre la tierra desnuda. Después puso a consideración de los comensales un hígado frito en lluvias amarillas destiladas en Escocia o añejadas en chubascos de los rojos campos de Borgoña. Es decir, hígado frito en whisky o vino. Ahora sacó de la bandeja una ensalada de flores y ají en la cual cabía no más que un abismo por vida. Siguió con una sopa de verduras donde ballenas borrachas de aceite de oliva ovulaban en las profundidades psicológicas de los que tienen los ojos despistados. Prosiguió con dos huevos cocidos que al contacto de sus yemas con la saliva traían el

día uno y la noche el otro, la sequía uno y la lluvia el otro, la convivencia uno y la riña el otro, el remordimiento uno y la tranquilidad el otro.

-- Hay que comérselos los dos juntos a la vez y al mismo tiempo.

Recomendó antes de sacar el último menjurje, un jugo de guayaba coronilla cuyo aroma ceremonial en un rito fragante, de aceptar beberlo alguno de ellos, cosa que no sucedió, le hubiera supuesto vivir el destino de quien, cuando camina, descontamina el aire con el olor de la calma.

9:44 p.m. – 9:54 p.m.

Unos, otros y los de más allá alegan desnutrición anímica tales, tales respiraciones geométricas, tales excesos culinarios o demora inmemorial en la llegada del posterior vaso de agua que trajo la señora. Yo creo que fue otra la causa de la sencilla amargura de Porfirio Miranda. No la cena de la señora María.

Más bien debemos mirar por el lado de la atrofiada completez y de la respingada sindéresis de la partida de ajedrez que sobre la cama jugaron Papá Quico y Antonio Enrique después de comer. Conocía desde niño esa situación y no le gustaba porque su padre y su tío siempre lo excluían cuando se sentaban a continuar la misma partida que jugaron sin interrupción desde 1904. Cada uno de ellos ejecutaba una sola movida una vez por año, más o menos. Y no es que no ejercitaran su pasión por el *Pechito*, como denominaban al ajedrez. Al contrario, dos o tres veces

por semana después de comer por la noche se quedaban callados un par de horas, con el mismo tablero en la mitad.

En realidad, era una de las costumbres favoritas de ambos. Antonio Enrique no se cansó nunca. Papá Quico se aburrió en una ocasión. Papá Quico, cómo no, se hartó la vez en que esperó tres años y un mes, desde junio de 1910 hasta julio de 1913, para ver mover un peón. El resto de las veces, al menos por lo que presencié durante los primeros cuarenta y siete años de su vida, hasta 1945 cuando falleció Antonio Enrique Miranda, los dos jugadores nunca dejaron de estar embobados de lo absortos. A veces, en los antojos de su candidez, supuso que su padre y su tío se quedaban horas embebidos en el *Pechito* por otra razón. Porque esas fichas y ese tablero pertenecieron al gran campeón norteamericano Paul Murphy. Don José Miranda, el abuelo, se lo compró a un gris funcionario de Aduana que lo sonsacó del equipaje de Rafael Pombo al regreso del bardo al país. Al parecer Rafael Pombo lo adquirió en una subasta en Nueva York.

La historia completa asegura que los hermanos Miranda Echeverri empezaron esa partida de ajedrez una noche de 1904. De viaje desde su natal Pácora a Bogotá salieron una noche a pasear por la Carrera Séptima. Al pasar por el Teatro Municipal, hoy Teatro Jorge Eliécer Gaitán, vieron una fila para entrar. Desconocían el motivo del evento. No obstante, entraron. El orador era Rafael Uribe Uribe. La vida de ambos hermanos Miranda Echeverri nunca volvió a ser la misma después de oír a Uribe Uribe aquella noche. A la salida, devuelta al hotel, ese 22 de octubre de 1904 ya por ridiculez, ya por designio, ya por libre voluntad mutua empezaron aquella partida. Desde la primera movida, peón cuatro rey ejecutada por Papá Quico, los dos temieron que si la terminaban olvidarían las palabras de Uribe Uribe. Por eso se limitaron a jugar una única durante toda la vida, la que el 11 de octubre de 1968 se observó sobre la cama a las nueve y cuarenta minutos de la noche unos momentos antes de que, envuelta en un equilibrio no certero, apareciera la señora María con el alka-seltzer. La señora orquestaba bambucos ebrios y cancioneros panzudos al golpear a propósito los hielos con el cristal del vaso.

-- ¿Cómo se le ocurre ponerle hielos a un alka-seltzer?

Después de regañar a la señora y de desechar el vaso, fingió interés en el *Pechito* sólo con el objeto de evidenciar un gesto de desprecio y poder recalcar que al alka-seltzer no se le ponen hielos. Recapacitó, sobre todo por los inflados consejos de su estómago, y le pidió el alka-seltzer. Ella no alcanzó a usar la paciencia porque de un trago él desocupó el vaso. Producto del pasar por su garganta tal mar de icebergs con espuma de alka-seltzer, los de aquel caballero dos paladares, cielo y tierra ritos vocales, incurrieron en esta sugerencia.

-- Papá Quico, alfil cinco rey.

Dentro del tablero los alfiles se inclinaron sutiles, rieron los peones, las torres crujieron, los caballos se desbocaron y ambos pares de damas y reyes le dieron una

rápida, única y antártica mirada. Al menos gélida. Ni Papá Quico ni Antonio Enrique oyeron, o lo demostraron, sugerencia alguna. Devolvió el vaso a la señora. Tras sacar con los dedos un hielo la señora se lo embutió en la boca al ciudadano Miranda. Debido a que los vaivenes del hielo dentro de la boca le dificultaron la pronunciación, inició un panegírico gago.

-- Pe...pero, por fa...fa..favor, Pa..pá Quico, a..a..alfil cinco re..re...rey.

Papá Quico y el tío Enrique ni ante la obvia tartamudez de Porfirio salieron de su *epogé*; es decir, del paréntesis en el cual colocaban al mundo cuando de jugar ajedrez se trataba. La señora, por el contrario, de inmediato usó su tosca virtud de querer resolverlo todo de inmediato y recogió del fondo del vaso otro hielo. Es una manera benigna de ponerlo ya que el hielo se le escapó varias veces como un gato sorprendido. Al colocarlo en la palma de su mano, ya dominado, el hielo formó un pequeño

charco de absolución y culpa. Las despistadas gotas que pretendían cruzar la rota porción de espacio que las separaba del suelo, hicieron lo contrario y salieron disparadas hacia el techo como un *géiser* certero, satisfecho y loco. Sobre el tablero de ajedrez, sobre ambos jugadores, sobre él y también sobre la señora María se precipitó una lluvia helada de bicarbonato, conformada por pompas de jabón en su descenso sutiles, en su caer ingravidas y en su roce, mordisco o beso, ávidas y gentiles.

-- No me diga que los hielos son de bicarbonato.

Reclamó con la entonación tan arrugada como la piel de un recién nacido, enérgico como una locomotora que asesó la precipitud alrededor de su nido. Empapada ella por la sorpresa, mojado él por la fina lluvia de bicarbonato congelado, la señora María se notificó que nadaba en una noche rara y Porfirio ratificó la viva presencia de la señora.

-- Entonces estoy vivo y usted está aquí.

-- Siempre tan filósofo, don Porfi.

9:55 p.m. – 10:09 p.m.

El viejo quedó solo; habitó la contemplación. A la manera de Rousseau, se dio a divagar sin meta fija como juegan los niños, pajareando igual a un colibrí de idea en idea, de actividad en actividad, parecido a una marea. No deseó comunicar que el estudio y la experiencia sin contemplación son iguales a monedas de una sola cara. La contemplación era una actitud que tenía muy desarrollada pues la ejercía a diario desde que la encontró en *Las Confesiones* de Juan Jacobo.

Así pues, dedicado a la contemplación, libre de afanes, lejos del vientre donde se precipitan las conclusiones, empezó a buscar rincones en los minutos, consejos en las emociones y en los pulmones sosiego. Ni burdo ni genial, primero elaboró la explosión del Big Bang surgida de una galaxia de abejas primigenias cuyo sonido sólo Mozart escuchó. De esto pasó a un zigzag trascendental por el cual inventó un par de bisturíes destinados al uso tierno y a la plena labor de sacar ballenas

de los termos. Y concluyó con frases que no terminaba, como si la exactitud fuera apenas un descanso donde reposar para tomar aliento y proseguir. Proseguir, no más que proseguir, sin ir a parte ninguna. Duró así un lapso que consideró pleno e insuficiente. Papá Quico movió su brazo, agarró el alfil y, sin dudas en torno a la conveniencia de la rapidez, realizó la jugada. Después de que se escuchó el *plop*, Papá Quico le notificó a su hermano.

-- Alfil cinco rey.

Movió, carajo, por fin movió. Y además movió alfil cinco rey. Yo le dije. Se lo dije, hombre. Tenía que ser así. Alfil cinco rey. Como el viento embajador de lugar en lugar, amenizó su agrado al ver que con el *plop* las formas de las cosas y los contornos de los seres quebraron el gesto de exactitud de retrato que hasta entonces tuvo el mundo. La realidad ya no existió en su repetida normalidad. Las cosas reordenadas por algún Vincent van Gogh diluyeron los confines donde termina su traje de ser paredes, cortina,

ojo, zapato, alfombra o cordones. Las manadas sueltas lo impresionaron, El cutis de las esencias flotó disparejo y disperso. Observó la ventana. Desde el patio interior salía frondosa la mata cara de burro, así le dicen en Cali, y algunas de sus grandes hojas entraban un poco en la habitación. La impresión de cómo se delinean los objetos pasó de van Gogh a Picasso. Las formas de las cosas cicatrizaron con líneas rectas las heridas de los machetazos del destino. Le pareció que en el mundo de Picasso la piedad dormitaba en algún ángulo podrido de la eternidad. La redondez, donde la encontró, era bruta.

En el camino de su conciencia paso a paso puso la no vana caravana del ir piensa y piensa despacio cada letra, cada sílaba, cada palabra, para no mencionar el sudor último que le propinó enhebrar una frase completa. Interrumpió su pensamiento porque, intactos de hernias y de emociones, Papá Quico y el tío Enrique cogieron cada uno de su lado el tablero y lo colocaron sobre las tres almohadas. Después corrieron sus posaderas hasta quedar cerca del tablero de Paul Murphy y se enrutaron otra vez

dentro de su mudez ajedrecística, tras lo cual la colcha se convirtió en un reloj doblado hacia el suelo, los pliegues de la cortina en las arrugas de Voltaire y la levantadora de Balzac en la pijama de Gala. La estética de Dalí. No. Eso nunca. A este no me lo aguanto. Salvador Dalí, no pintes mi mundo. Convertiste la genialidad en ridiculez. Frenó en seco. Seco, creo, de ansias. Seco, supongo, de esperanzas. Seco, lo sé, de la garganta. En seco, pues, frenó porque no entendió la razón por la cual su padre y su tío se trasladaron. Papá Quico lo sacó de dudas.

-- Mijo, ahora viene a visitarlo el poeta Rubén Darío.

Organizó la ingenuidad para dar la bienvenida al héroe, al único merecedor, a Rubén Darío. No se demoró y, pronto, quieto anduvo perfumado con el viento del barrio Tequendama, adornado como león por colombiano, sancocho de De Greiff y de Fernando González, sudoroso como quien se afeita, recopila intentos, se echa loción,

piensa y se peina. Se demoró muy poco y eso que hay que considerar que también ordenó intensificar varias danzas rituales de África en un bailadero de Juanchito y que alertó más tarde a los árboles para asegurar que la neutralidad conceptual del papel en que se iban a convertir no supiera ni a sal ni a miel.

No insisto en que ya listo, ya emperifollados espíritu y calma, notó que Rubén Darío entró a la pieza, claro, cómo no, pero que de inmediato retrocedió. Con medio cuerpo por fuera de la puerta el bardo se puso a charlar con alguien. Con epicúreas solideces acompañó los que tuvo por meses diez minutos, ahogado de peces y soles, sacó un grito.

-- Félix Rubén García Sarmiento, si sigues hablando con la señora María detrás de la puerta no te volveré a leer, ni aquí ni en Calahorra.

No obtuvo respuesta. Es más, nada sucedió. Oyó comentar que los tomates se distinguen por los arreboles, escuchó leyendas de las sandías de las Arabias y las Andalucías, de la fruta y la legumbre, de la luz fresca, del agua dulce y lo último que oyó mencionar fue que un núcleo cesposo de muchedumbre acude al mercado. Qué *copeé*, ¿no es verdad? Este Rubén Darío es mucho pendejo. Feliz con la señora María y yo aquí hecho un idiota. ¿Acaso no sabe que cambió mi vida por completo? Repleto de bocanadas de mangle y furia, el del barrio Tequendama iluminó su cuello con una proclama.

-- Padre sol, oye.

Ciencias frutales que chirriaron en los goznes de la puerta anunciaron la entrada del único imprescindible y compusieron un arbusto que traía incorporado su propio universo, su propio tallo de ensayo y su propia raíz de idioma continental.

-- Por ti, Rubén Darío, el pensamiento de estas tierras no es huérfano. Entra a mi pieza, padre de Latinoamérica. Tú, maestro mío, fundador de un continente, ven, carajo, ven a mí.

Darío ya se encontraba parado frente a él. No por emocionado novato ni por novato emocionado, añadió a su saludo princesas violadas y tiendas hechas del mugre del día, patatas, coles y niñerías pronunciadas con una especie de calma, calma, esto es mucha poesía, señora. Rubén lo palmoteó pero, es una lástima, el ciudadano Miranda no supo en cuál de los hombros recibió el único placer al que consentía aspirar.

-- ¿Me tocaste, Nahuatl?

Desde una edad de siglos, sereno y sin desdén la benevolencia de Rubén Darío lo miró como los genios arrullan ciclos y siglos. La ética de un pueblo sólo se puede

construir sobre una poética auténtica. Tal vez lo dijeron. Tal vez no. La señora María entró una media docena de bultos de café. Cosquillas, sólo cosquillas, jugaron en su ánimo al ver cómo Rubén Darío se sentaba en su cuarto. Su nuca, su ser él Porfirio, su espina dorsal supuso que un cincel graznaba un surtido fetal de lápices póstumos como niños contruidos en ladrillos de una sal continental que llora, lucha y no claudica. Entraron tres mujeres a la pieza. No las distinguió. Entró Whitman, Walt, y un poco después Vallejo, Cesar. Los invitados bromearon de buena fe. Agotados los prefacios se sentaron en los bultos de café.

-- *Plop.*

En ese instante, al escucharse el *plop*, uno por uno, Rubén Darío, Mary, Francisca, Vallejo, Whitman, la señora María y hasta Georgette fueron atrapados por la partida de ajedrez. Movi6 rapidísimo. No puede ser. ¿Qué jugada hizo? Mi tío Enrique siempre se demora meses para mover y ahora se decidió en minutos. Claro, para descrestar a mis

invitados. Papá Quico y Antonio Enrique demostraron que estaban enterados de que tenían público mediante gestos displicentes, con el objeto de que no los perturbaran. Con un brusco movimiento de las partes vertebradas de su grúa cervical, que algunos llaman cuello, también él se dispuso a concentrarse en el *Pechito*. También él, por favor, también él se inclinó a observar la partida de ajedrez. Incluso pensó dedicarse sin atenuantes ni remordimiento a esa tarea. Y, en efecto, paseó su mirada por el tablero donde se enfrentaban Papá Quico y su tío Enrique. Pero no se detuvo allí y el paseo de su mirada continuó por su propia vejez, por los suburbios de la memoria, por los diluvios de cada uno de los *Feliz cumpleaños a ti* a los que asistió. La paseó con antorchas por sus muelas y por sus triunfos y, de último, por su calva reforestada de pelos necios. Entonces, sólido y ajado, se preguntó si la mujer sentada entre Rubén y Walt era Francisca Sánchez. No, hombre. Es la señora María. Al menos es igualita a la señora María. Walt, Walter Whitman, trajo en su voz horizontal lo que ni menoscabar o alabar puede pluma alguna. Había que oírlo. Oír a Whitman. La validez habitó en la entonación con que

arrulló las palabras. Saludó a Porfirio, lo congratuló por el hospedaje y terminó.

-- Porfirio, amigo mío, le presento a Mary Walsh.

¿Cómo me equivoqué? No es Francisca Sánchez, tampoco la señora María. Es Mary Walsh, la que lo cuidó en Camden, en su casita limpia y modesta en el 322 de Mickle Street, ya Walt senil. Una voz de mujer le arrebató el hilo de sus pensamientos.

-- Silencio. Por favor, un poco de silencio. Estos dos señores están tratando de jugar una partida de ajedrez.

Ah, esa debe ser Georgette, la francesa malgeniada que el pobre Vallejo se consiguió en la extraña callejuela de La Luna, en París. Entonces Francisca es la que está allá. ¿Cómo me pude equivocar? Suspiró nostalgias de toda una

vida, de 70 años cumplidos, de tantos baños con espíritu caliente y agua fría, de su recocha de grumete en la piragua de Guillermo Cubillos, de pescar poetas latinos y plásticos sencillos en las riberas del Río Cauca, de sucesos gramáticos hechos con sus alfabéticos sesos carnales. Al notar que esa dama no era Francisca Sánchez ni tampoco la señora María sino Mary Walsh, Mary Walsh que en ese instante con derrumbes tiernos colocó su mano sobre el hombro de Walt, satisfizo unas gruesas ganas de orinar y orinó sentado en su poltrona. Después, descansado y no menos sabio por gozar de este resabio, aclaró.

-- Ya no me río de ti, Rubén Darío.

Por fin impávido ante la sutileza que usaba desde niño para medir su torpeza, por fin gratos para sí sus rigurosos ocios, lo digo con cariño, enfatizó.

-- Es verdad. Ya no me río de ti, Rubén Darío.

A Vallejo no le gustó mi comentario. La embarré. La embarré. ¿Para qué me puse a decir semejante bobada? Lo que menos he hecho en mi vida es reírme de Rubén Darío. Y ahora salgo y lo proclamo como si fuera la verdad absoluta. La condición humana, eso sí me hace reír. Pero Rubén, mi Rubén, tú no, no, tú no me haces reír. Bueno, a veces. Con tus bobadas de princesas y cisnes. Un poquito.

-- ¿Algo más, don Porfi?

-- Ahora nada. Más bien pregúntele a Rubén Darío. De pronto quiere un whisky. O a Vallejo. Oye, Cesar, ¿no deseas un vino del Anáhuac? Madame, Mrs., háganme el honor. ¿Un jugo? Y usted, señora María, sí, usted también, ¿no desea nada?

-- Yo sí. Cómo no. Pero no puedo pedírselo.

-- Adelante. En este momento le concedo lo que sea, lo que usted quiera.

-- Ah, bueno.

Replicó. Se acercó a la cama y empezó a sacudir las almohadas.

-- No sea bruta. Deténgase, deténgase.

Tras el grito recalcó su desacuerdo con un giro de la cabeza. Es raro pero ese giro le otorgó reconocer la vejez de las cunas, la edad del barro, la solidez de los derrumbes y la incomparabilidad de lo no nacido. Cerró los labios y se abandonó a su suerte porque la señora ya estaba agarrada a palmadas contra el colchón. Después levantó la cobija, la aireó y la tendió de nuevo. Papá Quico y Antonio Enrique, al igual que la paciencia entrecruzada de las doce fichas de

ajedrez que aún permanecían en juego, Rubén y Francisca, Walt y Mary, César y Goergette, volaron por el aire, rodaron por el piso y fueron a dar a la tristeza. Esta, y no otra, fue la causa verdadera de su amargura después de la cena.

Para deshacer entuerto tan calamitoso agarró la cobija del piso y la haló como quien le quita la piel a un banano o el abrigo a la miel, hasta que logró subirla a la cama. Con sonidos agudos y acentuada dedicación recogió los alfiles, a Antonio Enrique, las torres, las almohadas, a Papá Quico y el tablero de Paul Murphy, los poetas y sus compañeras. Con un toque metódico los reacomodó. Quedaron de nuevo intactos sobre la cama como si la señora no los hubiera lanzado al abismo definitivo de lo que se acaba. Miró hacia el suelo y se sorprendió porque los objetos permanecían regados como si no los acabara de recoger. La realidad, si la quieren encontrar, es traviesa, pensó. ¿Cómo pueden estar las dos escenas al mismo tiempo? El don de la ubicuidad. Mírenlos en la cama. El ajedrez, Papá Quico y Antonio Enrique, Rubén y todos,

exactos y netos, completos y tranquilos, allí están sobre mi cama. Volteo mi cabeza, miro hacia el suelo y allí también están. Gozó de la ironía del destino sin postularla como axioma. Observó sorbo a sorbo el diverso acontecer que a la vez le permitía tener tanto el espectáculo del reguero en el piso como las efigies de su padre, de su tío y de sus poetas con sus compañeras, sentados en la cama, inmersos y solemnes en el juego de *Pechito*.

O a causa del mito de la lógica o debido a la lógica del mito hamaqueó una, dos, tres y cuatro ojeadas entre la precisión de la cama y el caos del suelo. Al final detuvo su mirada en el piso. Notó que lo que permanecía en el suelo carecía de sombra. Si es verdad que todo nace, se desarrolla y muere, no me extraña la muerte de las sombras. ¿O no es cierto que todo nace, se desarrolla y muere? He visto la muerte de las sombras. El tablero de Murphy le sonrió. Las piezas del ajedrez, entre otras minucias y parientes, alborotaron el desorden en la alfombra y no escatimaron ser reguero y festín. Dejó que la lengua de su vista lamiera el despelote desparramado sobre el piso. Dedicado, como

estaba, a regocijarse con el espectáculo del azar que le brindó la alfombra no pudo menos que lamentar cuando la señora María, la de toda la vida, recogió del piso los alfiles y los peones, las claudicaciones y las reinas, a su padre y a su tío, los reyes, los poetas y las damas, las lisonjas y el tablero de Paul Murphy y los apiñó en un cajón del armario. Para la señora María la rapidez era una de las maneras de la calidad, por lo que ejecutó este menester en menos de lo que canta un gallo.

En la cama no deben quedar sino la cobija y las almohadas. No me someto a la normalidad. No voy a mirar la cama. ¿Para qué voy a hacerlo? El decoro lo condujo a constatar que en la cama todo seguía igual, que nadie vegetaba en los cajones del armario. Desde muy niño adoro lo raro. Lo normal me parece digno de idiotas. Ser así me ha traído tantos problemas como felicidad. Prefiero vacunar a los metales contra la pereza, a la lluvia contra la senilidad y a los hilos contra la arritmia de los relojes. La señora María con paciencia de torturador abrió el armario. Después fue a la cama y empezó a recoger a Rubén Darío y

a los demás invitados. Uno por uno los colocó en los distintos cajones. Al finalizar, se dirigió de nuevo a la cama, agarró a Papá Quico, a su hermano Antonio Enrique y al tablero de Murphy y también los metió dentro del clóset. Ahora viene por mí. Me va a meter al armario a mí también. La señora María lo colgó como si fuera una camisa más, cerró el armario y comentó.

-- Hasta mañana, don Porfi. Felices sueños.

10:10 p.m.

Sentado, pleno y solo, su propia psique le produjo curiosidad y quiso descifrar de antemano cuál iría a ser la próxima idea que se le iba a ocurrir; sentado, pleno y solo, vivió los instantes siguientes mientras esperó aquel pensamiento que por ser el próximo llenaría el destino inmediato de su vida consciente; sentado, pleno y solo, aguardó lo que paso a paso cada ser humano siente que es él, que es ella; sentado, pleno y solo, en la experiencia de la conciencia sintió un específico cariño por él mismo.

En su poltrona definitiva a las diez y diez minutos con veinte y dos segundos de la noche del 11 de octubre de 1968 continuó a la espera del próximo pensamiento. Esa espera vacía de contenido lo trasladó del cariño personal a la diatriba y de la diatriba al regaño, en un cambio de su estado de ánimo que no contuvo pensamiento alguno. Se puso bravo consigo mismo. Eso fue todo. Nada más sucedió

durante los primeros instantes en que estuvo a la espera de su próximo pensamiento.

Al final, a las diez y diez minutos con cincuenta segundos, con un desfile de instantes transparentes se le quitó el pequeño desliz de mal genio. O de ira, opinan otros. Es cierto que murió contento, como era su natural. No podía ser de otra manera. Con total honradez puede argumentarse que permaneció por completo satisfecho en los últimos instantes de su vida, igual a quien feliz se despide de un banquete. Los momentos transparentes no regresaron por las ubres cerebrales donde refugió la postrera sensación de ser Porfirio Miranda, a la espera de su próximo pensamiento.

No alcanzó a traer sus voces el que hubiera sido su próximo pensamiento porque primero arribó el momento antes del cual los demás resultan precoces. Como en una pausa en el andar del Universo, dejó de funcionar el mecanismo mediante el cual de inmediato aparece un

instante tras otro, un minuto tras otro, una hora tras otra, un año tras otro. Sí, así, allí y entonces se fue torrente abajo, vena arriba; se vistió de rojo al cruzar el chorro al sur de la aorta, al ya no usar la corta memoria de lo humano y el largo impulso de lo orgánico en el vivo ejercicio del vivir, del vivir con o sin beneficio distinto del mero existir. Como al inicio, así quedó: carbón y silicio. Comenzó, pues, por el principio y por ahí terminó, sin peros.